

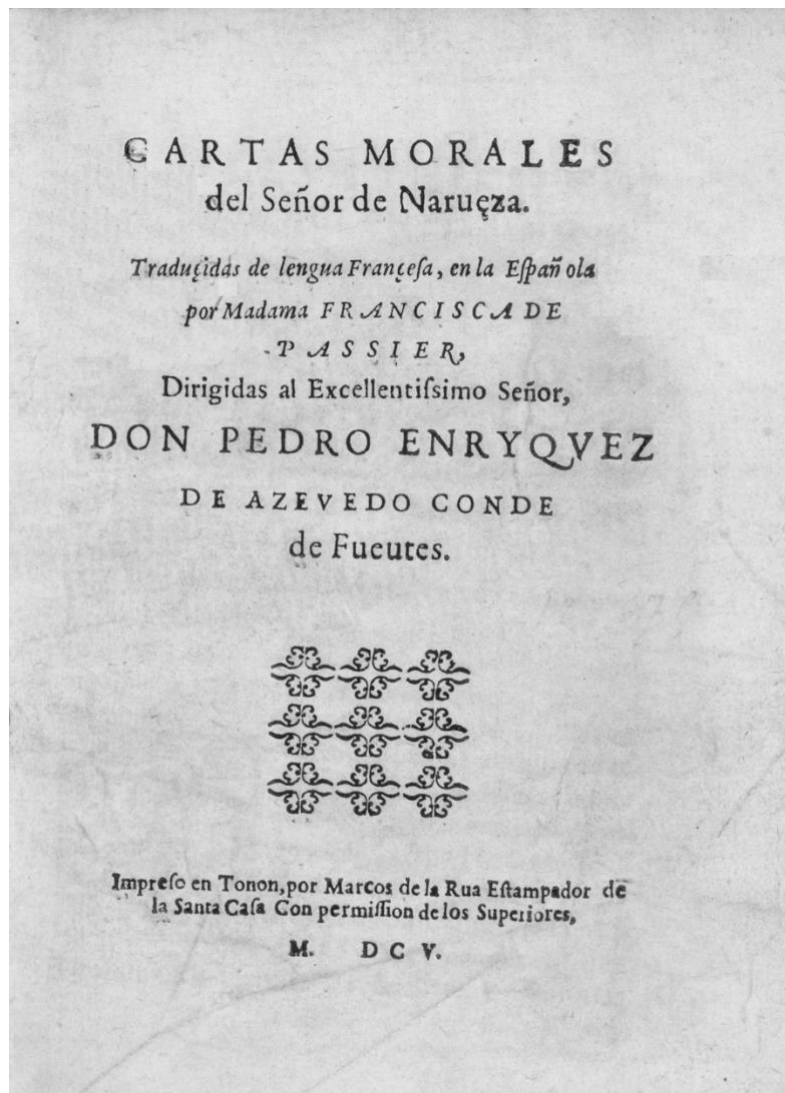
<b>AUTORA</b>	Passier, Francisca de (trad.)
<b>TÍTULO</b>	<i>Cartas morales del Señor de Narveza. Traduçidas de lengua francesa, en la española, por madama Francisca de Passier.</i>
<b>DATOS BIBLIOGRÁFICOS</b>	Tonon: Marcos de la Rua, 1605; 42 hh.+144pp.+4 hh.; 4º.
<b>EJEMPLAR</b>	París, Bibliothèque nationale de France, D- 80066 ( <a href="#">texto completo</a> )
<b>NOTAS</b>	<p>Dedicatoria al Conde de Fuentes.</p> <p>Los preliminares de esta edición en castellano de <i>Les Epistres morales</i> constituyen un monumento a su traductora, Francisca de Passier, fallecida “cuando apenas había llegado a los diecinueve años y siete meses”. La traductora escribió la extensa dedicatoria a Pedro Enríquez de Azevedo, Conde de Fuentes (1525-1610), donde hace un relato de sus hazañas y méritos, mientras que el resto de las piezas corren por cuenta de diversos autores, en recopilación del doctor Francisco Garci López, administrador del Hospital Real para militares de la guerra de Saboya y conservador del Hospital de Santiago, que según el prólogo al lector asumió las tareas de edición de la obra. De hecho, afirma que recuperó para estos preliminares parte de los poemas que adornaron el túmulo de la joven traductora “para alguna señal de reconocimiento que tenemos a quien tanto nos honró y estimó, favoreció en todas las ocasiones. Y estos versos vayan en lugar de los que suelen escribirse en alabanza del autor, pues la obra misma perpetuamente alabará a su artífice.” Así incluye después de la dedicatoria los siguientes poemas: el doctor Francisco Garci López, un soneto, una canción y un poema latino en faleucios; el capitán Juan Bravo Lagunas, un soneto y un poema latino; Niculás Cid, acroy del rey, un epigrama latino; I. Frisat, maestro de artes, un soneto en francés y un poema latino en faleucios; el capitán Antonio de Paredes<sup>1</sup>, una silva; el caballero d’Auisse, un poema en francés y otro en latín; y el impresor (Marcos de la Rua) un epitafio en francés. Este pequeño cancionero laudatorio trilingüe se cierra con el prólogo de Francisco Garci López al lector, que es un relato de las circunstancias en que se decidió imprimir la obra y un elogio al saber y la buena muerte de Francisca de Passier. En esas circunstancias de impresión probablemente hay algunas dosis de ornato narrativo cuando se relata cómo se rescató este libro de los papeles de la dama difunta que el marido estaba arrojando al fuego. En todo caso, el libro, si contaba ya</p>

<sup>1</sup>Vid. Pedro Ruiz Pérez en “Lecturas del poeta culto (imprensa y mediación en las *Rimas* de Antonio de Paredes)”, *Bulletin Hispanique*, 100, 2 (1998), pp. 425-448.

	<p>con una dedicatoria tan elaborada como la que presenta, no se puede creer que fuera un ejercicio inacabado, sino una pieza ya completada. Por último, antes de la tabla se inserta un soneto del “Señor de Narveza”, quizá procedente del original francés.</p> <p>La obra original fue compuesta por un autor de éxito en muchos géneros, novelescos y morales, Antoine de Nerveze (1558?-1625?). La primera edición es poco anterior, <i>Les Epistres morales du sieur de Nervèze</i> (Lyon, 1598), con otras posteriores en París: Dubreuil, 1603.</p> <p>La mayor notoriedad de Madame de Passier en la historia literaria española proviene de su mención en el <i>Buscapié</i> escrito por Adolfo de Castro con atribución a Cervantes: “y ahí tenéis también a Madama Passier, cuyo raro ingenio y memoria y elocuencia la muerte se ha llevado tras sí, como los pámpanos Octubre; a la cual por sus muchas letras le fueron hechas muy grandes y solemnísimas exequias, y a su memoria se hicieron muchos y muy indoctos versos. Y aun bien, según creo, que debe de haber llegado a la corte un libro cargado de sus cartas llenas de erudición y de moralidad, que en tales debiera estudiar el autor del lacerado de D. Quijote”<sup>2</sup>.</p>
<b>EDICIÓN</b>	Álvaro Piquero Rodríguez
<b>RESPONSABLE</b>	Nieves Baranda Leturio



<sup>2</sup> Adolfo de Castro, *El buscapié opúsculo inédito que en defensa de la primera parte de “El Quijote” escribió Miguel de Cervantes Saavedra*, Cádiz: Revista Médica, 1848, pp. 31-32.



[h. 1r] [Portada]

Cartas morales del Señor de Narveza. Traducidas de lengua francesa en la española por Madama Francisca de Passier.

Dirigidas al excelentísimo señor don Pedro Enríquez de Azevedo, Conde de Fue[n]tes.

[Adorno tipográfico en forma de cuadrado]

Impreso en Tonon por Marcos de la Rúa, estampador de la Santa Casa. Con permisión de los superiores.

M.D.C.V. [1605]

[h. 1v] [En blanco]

[h. 2r]

Al ilustrísimo y excelentísimo señor don Pedro Enríquez de Azevedo, conde de Fuentes, capitán general de España, del Consejo de Estado de su Majestad, gobernador del Estado de Milán y su capitán general en Italia. Madama Francisca [Francisca] de Passier. S. P. D.

Excelentísimo señor:

Si, como pensaba la antigua edad y siglo ciego, pudiera haber pasado en mis venas el espíritu del griego Homero; o el alma de Ennio, primero padre de la poesía latina; o la majestad de las *Décades* [sic], con que Tito Livio nos escribió las honrosas memorias [h. 2v] del imperio y señorío de los romanos; o si, tomando ejemplo de la propia femenil especie, influyera en mi pecho el favor de Apolo délfico, como en el de Casandra, hija de Príamo, reinador de África; o si tuviera la sonante voz de Pola Argentaria, mujer del español Lucano, que corrigió en medio de las obras del marido (muerto de la impiedad de Nerón); o la elocuencia y retórica de Aspasia (que públicamente la leía en Atenas, como se conoce en el *Menoxeno*); o si fuera Sapho, inventora del plectro y del verso sáfico; o Mitilinea, contada entre los griegos por uno de los nueve poetas líricos; o alguna de las famosas Corinas; o Carmenta, madre de Evandro (por quien los latinos llamaron *carmen* al verso); o Aglaya, Thalía o E[uf]rosina, tres divinas gracias, por quien el mundo se gobierna y rige; o Minerva, diosa de las ciencias, a quien la superstición atribuyó nombre y figura de mujer, o a las alas y trompa de la misma Fama; u otro Apeles, Zeusis, Lisipo y Timante; o si tuviera tantas lenguas como Argos ojos; o me pudiera mudar en más varias formas que Proteo, en levantadas pirámides y obeliscos que excedieran a los Menfis en teatros, anfiteatros, arcos, columnas y colosos, en mármoles, en bronces, en grabadu- [h. 3r] ras, en relieves a lo iónico, a lo dórico, a lo mosaico, en pinturas, epitafios, en plumas, en moldes, en varias lenguas y en acentos varios, en verso, en prosa, en décadas [sic], en anales y en historia, a pesar de la vejez del tiempo y del olvido eternizara al ver mísero<sup>3</sup> mundo la grandeza y las heroicas hazañas de vuestra excelencia, que de los mismos enemigos de quien dice el Salmo que se ha de buscar la salud, son admirables juzgadas y tenidas por muy grandes. Quisiera, señor, exceder a Chlitarco [Plutarco], historiador de Alejandro, en el ingenio y elocuencia como lo excedo en materia, para poder llevar el carro del sol de vuestras virtudes a dar luz a nuestros antípodas y a los que habitan las heladas zonas, no porque dude que hasta allí no haya llegado su lumbré, mas porque como rayo oblicuo, la poca elegancia, la parcialidad y la envidia se lo habrán significado con gloria y énfasis muy desigual a su grandeza. Mas en tan grande pensamiento y en impresa desproporcionada a las débiles fuerzas de mi ingenio, temo el castigo de Phaetón y que como Ícaro, volando tan alto, quemadas las alas, ofuscada, atónita y ciega, no caiga [En el original “caya”] y me anegue en el abismo de esta fuente o de este inmenso océano de milagrosos hechos.

---

<sup>3</sup> Lee: *i lero*. Conjetura.

Con todo, a ratos la dulzura de la [h. 3v] gloria, de quien (como dice Valerio Máximo) no hay espíritu tan humilde que no sea tocado, arrebatándome en éxtasis, me ha hecho persuadir que soy un Atl[a]nte y que puedo tomar en mis hombros este pesado globo. Y en tan vehemente imaginación, desnuda la verdad de toda ficción y ornamento, consagrando largas y dichosas horas al objeto de un vuestro retrato que tengo en el retrainimiento de mi estudio, un poco más alto de los doce de la fama y de aquellos de quien se acordó el apasionado Paulo Jovio, en lo último de su corniz dicté y con doradas letras escribí y puse este siguiente breve y mal compuesto elogio:

“Entre el número de los que ha dado y dará nombre la pregonera Fama, por la roja cruz a donde puso sus espaldas Cristo, por quien él la tiene sobre el corazón y el alma, insignia del apóstol Santiago, patrón de las Españas, podrá cualquiera nación extranjera y remota conocer este cano, valeroso y jamás vencido capitán. Las armas que otro tiempo adornaron su gallardo cuerpo, están colgadas por trofeo en el templo de la paz para, si otra vez se abriese el de Jano, armárselas allí justamente por las divinas manos, como lo ha hecho siempre en el servicio de su Dios, de su Rey y de su patria. Y aunque no soy el fisionómico Zópiro, [h. 4r] que conoció las más secretas inclinaciones de Sócrates, el que en la simetría y largueza de cuerpo, de rostro y frente muestra señorío y magnanimidad, y altiveza<sup>4</sup> en sus acciones; y en el buen color de rostro y ojos zarcos buena templanza y buenas costumbres; en la cara no muy carnosa sutileza de entendimiento; en la ceja, caída al menor áng[u]lo, fidelidad al Señor; en el entrecejo ancho, liberalidad; en las orejas, proporcionadas que tiran al pequeño, astucia y maña; en la nariz larga prudencia; en la barba poblada y bien puesta, la figura de la boca, labios no muy gruesos, piedad con justicia, es el vivo retrato de DON PEDRO ENRÍQUEZ de Açevedo, conde de Fuentes, enviado del cielo para universal provecho del mundo. Éste, que como Catón el mayor (conforme a la natural historia de Plinio) es gran político, gran orador y gran capitán; éste, que como el gran Poncio no para sí ni para sus descendientes, sino para su rey y para su patria ha ganado, adquirido y dilatado los términos y señoríos de la Iberia; éste, a quien la piedad, solicitud y fortuna han acompañado más que al dictador César; éste, en quien se han visto devotos designios de seguir las propias pisadas de Godofredo como victorioso ramo de laurel y dichosa pal- [h. 4v] ma, nació en los troncos y estirpe prosapia y sangre de los antiguos reyes de Castilla y de los Paleólogos griegos, que por sus pasados emperadores pueden por legítima herencia aspirar a cuanto en daño nuestro tiraniza la bárbara casta<sup>5</sup> otomana. Y como lo engendrado (según la sentencia del filósofo), siempre incline, aluda y

---

<sup>4</sup> Lee *activeza*.

<sup>5</sup> Lee *casa*.

dé testimonio a sus principios, heredando en la sangre y nobleza el valor de sus héroes y juzgando la obligación de altivos pensamientos por bien debida deuda, quiso comenzarla a satisfacer conociéndole la guerra en Italia por el capitán de caballería ligera, cuando apenas demostraba sobre los labios el juvenil ornamento que el tiempo ha mudado en reverenciadas canas y vio tales principios en la horrenda fuerza de Marte, que inventó nuevo título y cargo, haciéndole coronel de cinco compañías de caballos (honra que jamás ha después merecido ninguno de los cuantos han cubierto la cabeza con el templado acero). Volvió la ociosa paz a España, a donde celosos competidores de alta mira de sus amorosos pensamientos, con especie cubierta y títulos de negocios secretos y graves, fundándolo sobre la verdad de su merecimiento, pusieron medios para que Phelippe II y primero rey de [h. 5r] las Españas (después de la pérdida del godo don Rodrigo), le enviase a Francia, a donde a grande aumento y reputación hizo fácil lo dificultoso, imposible lo arduo, de que resultó el ser preferido para las cosas de Aragón, que sin su presencia jamás tuvieron el conveniente, justo y deseado fin. Propios magnánimos actos que le eligieron por general de la caballería de Milán y después por capitán general del reino de Portugal, de donde, defendida la ciudad y el reino contra la obstinada rabia y multitud de los ingleses y de algunos revelados lusitanos, pasó a Flandes llevando toda la autoridad y mano de su mismo rey, con negocios tan graves como se ha inferido de su silencio y secreto. Muerto el duque de Parma, el estado y consejos para el urgente y común remedio de su patria, que amenazaba presta ruina y súbita caída, le quisieron elegir por su general, cosa que no aceptando, les hizo admitir por gobernador al Conde Masfelte, de modo que con justa razón podemos decir que ha dado gobernador y general a las provincias de Flandes. Nombró después su majestad para este imperio y mandó al Archiduque Ernesto, por cuya presta muerte fue el Conde desde España elegido por gobernador y capitán general, con el co- [h. 5v] mún aplauso de todos aquellos estados. Y en dichoso principio de este gobierno con solos ciento y veinte caballos se rompieron en Tongo nueve compañías de caballería enemiga; luego, recogido el poco numeroso ejército, rindió y ganó a Hu[y]. Y habiendo en este tiempo el orgulloso francés entrado en país de Luçenburque [Luxemburgo] y tomado La Ferté y otros puestos con gran daño y pérdida suya, le hizo a gran priesa retirar, restituyendo a su dominio cuanto había usurpado y ganado. Hecho al instante un esfuerzo (que parecía exceder las fuerzas de la ocasión, que entonces se presentaba sin dineros y sin gente), recogido el número más posible, envió la mitad a socorrer la casi desamparada Frisa, en cuya ayuda se hizo una memorable rota en los estandartes y caballería enemiga.



Con la otra mitad del ejército y gente de las provincias que recogió<sup>6</sup> su industria y grandeza, se fue a poner sobre Xatelete [Châtelet], y excediendo la celeridad de todos los pasados capitanes, aquella misma noche la batió y entró en el burgo, ganando por asalto su bien defendida ciudadela. De allí caminó la vuelta de Dorlán, que, no pudiéndole sitiarse como convenía ni quitarle las fuerzas y socorros (respecto de la poca gente que se hallaba), determinó de emplear su ma- [h. 6r] yor poder contra la ciudadela y entrar por ella, cosa que en el consejo persuadió con vivísimas razones, supuesto que casi todos eran de parecer contrario. A socorrer esta importante ciudad vino casi toda la nobleza de Francia, con el mayor número de infantería y caballos que pudo juntar, cuando ya el Conde tenía abierta[s] sus trincheras. Y dejándolas guarecidas, salió a recibir al enemigo y a representarle la batalla, la cual con insigne victoria ganó, degollando toda la infantería<sup>7</sup> y caballería y más multitud de nobleza francesa que de la romana fue muerta en la gran batalla de Canas, acabando su postrero día en el rigor del combate el Almirante de Francia y el general de la caballería. Luego asaltó la ciudadela y ciudad, degollando dentro toda la nobleza de Normandía que había venido en su socorro. De allí, con la poca gente que le había quedado y con la ayuda que Flandes le hizo, viendo sus grandes victorias y la puntual verdad que les trataba, fue la vuelta de Cambray y le puso un estrecho sitio, sobre quien hubo recuentos dignos de famosa memoria y pluma; y al fin, desembocadas las trincheras en el foso y hecha la batería, se le puso a su voluntad y arbitrio. En este tiempo, por escalada y trato, entró el enemigo dentro de Liera y, habiéndose el gobernador retirado y defendido un día [h. 6v] en una puerta de la ganada villa, dentro de este breve espacio le envió veloz y apresurado socorro, con que se recobró lo perdido y se degolló cuanta gente enemiga había venido a la arrebatada empresa. Entre tan notables sucesos no olvidó la Fera, sitiada de todo el poder de Francia, antes por dos veces le metió abundantísimo socorro para que ninguna cosa faltase ni se perdiese su tiempo. Todos estos triunfos y todas estas victorias adquirió y alcanzó en poco más de seis meses, y podemos decir que efectuó tanta hazaña sin dineros y sin gente, de donde claramente se puede echar de ver lo que importa al servicio de Dios y de su rey la experiencia y la claridad del ingenio. Navegando cargado de trofeos con viento tan favorable en popa, vino la alteza serenísima del señor Archiduque Alberto a gobernar los estados y el Conde se partió a Madrid, a donde, por los triunfos que como a César y a Pompeyo se le debían, fue elegido por general de toda España (cargo en ella jamás visto), dándole también plaza en el supremo consejo de Estado. De allí vino por general de Italia y gobernador del estado de Milán, a donde en llegando se reforzó la gente que estaba en

---

<sup>6</sup> Lee *recogo*.

<sup>7</sup> Lee *infantaria*.

Ema, a la caída de la montaña de San Bernardo, puesta a la cara del rey ej- [h. 7r] ército de Francia. Y para defensa del Piemonte envió bastante número de infantería<sup>8</sup>, con que guarnecidas las plazas más importantes, a pura fuerza de armas, se echó el enemigo del valle de Magra, que lo tenía ocupado y fortificado, levantando entretanto el grande y copioso ejército a cuya sombra se concluyeron las paces entre España, Saboya y Francia. Ha ganado y juntado al estado de Milán, el Final y su marquesado, desempeñado a Novara, la cual por su propio ascendiente y por el de este excelentísimo príncipe veo en sus ruinas en breve tiempo por sus manos fortificada con nueve caballeros o baluartes; y hecho inexpugnable<sup>9</sup> con otros ocho a Sonçín [Soncino], en frontera de los venecianos; y defendida a Carmona con una nueva y grande ciudadela; y el año 1605 puesta en común balanza, peso y medida a todo el estado de Milán, callando las demás heroicas empresas suyas, que me muestra el camino de las estrellas errantes y figura de las fijas para la materia de estado y prevención humana. Ha renovado el poder alojar los ejércitos y gente en las tierras de algunos po<n>tentados, y abierto el Navilio desde Milán a Pavía, cosa tan necesaria para el humano trato; confederado al servicio de su majestad al señor de la Miradola [Mirándola]; enviado gente y presidio para la [h. 7v] conservación y amparo de mi patria; hecho los fuertes a Grisones (estrecha puerta para la defensa de Italia); ampliado y confirmado las paces con los esguízaros; quitado, juzgado y concluido varias diferencias entre príncipes y señorías de Italia; y puesto fin a los pleitos de jurisdicción entre su majestad y los arzobispos de Milán, rigiendo y gobernando el estado con tanta cristiandad y prudencia que bien parece tener escritas en la memoria las divinas y políticas leyes que el diácono Agapito dio al emperador Justiniano, o ser otro Licurgo entre los Lacedemonios, o Marsias, que daba las leyes en el son de las flautas, u otro Rhadamanto, u otro justo Míno, que para promulgar las suyas habló primero nueve años con [e]l poderoso Júpiter, como lo escriben Homero, Hesíodo y Platón en su diálogo *Minos*; siendo su vida ejemplo claro y espejo a todos. De modo que en la desenfrenada república ha tenido lugar lo que dice el antiguo filósofo con el cuarto libro de las leyes, que cuales son las costumbres de los príncipes tales se hacen las de los demás ciudadanos, que ven y miran en él los atributos de su rey justo, poderoso y clemente; y no particularizo los más bienes del alma, cuerpo y fortuna para no dar lugar a lo infinito.”

Ésta, señor, es la suma del breve elogio [h. 8r] escrito a vuestro retrato que, aunque corto en las palabras, era famoso en argumento y sujeto, sobre que mi presunción y fantasía aún quería

---

<sup>8</sup> Lee *infantaria*.

<sup>9</sup> Lee *inespuñable*.



levantar el alta torre de Babilonia, más adornada de banderas, estandartes y otros bélicos despojos que tuvo la ciudad a quien dio muros Semíramis (en la miserable pérdida<sup>10</sup> del romano Marco Craso), pretendiendo formar de los accidentes de las cosas notables y particulares de los hechos una tan larga historia que satisficiera [sic] a mi ánimo, fuera paralelo de vuestros hechos y excediera todos los pasados escritos. Mas en su alteza me confundo<sup>11</sup> y me falta el espíritu y lengua, principalmente murmurando a mis oídos ser ilícito a una mujer el escribi[r]<sup>12</sup> de la furia de la guerra. Y aunque a esta objeción pudiera responder con el séptimo libro de las leyes de Platón haber habido cerca del ponto las sauromátidas, que trataban el duro ejercicio de Belona, mas antes allí manda por ley que las mujeres lo usen y ejerciten; y el poeta mantuano cuenta de Pantasilea, reina de las amazonas, que vino al socorro de Troya guiando su femenil escuadra con petos llenos de lunas, de donde quiero inferir sernos más honesto el poder escribir las bélicas historias. Con todo lo dejo a más levantados es- [h. 8v] píritus, pues me parece que, como el magno Alejandro vedó por edicto que ninguno pintase sino Apeles, ni le esculpiese<sup>13</sup> sino Pregóteles [Praxíteles], ni vaciase en bronce sino Lisipo, así nuestros mismos hechos por justa ley prohíben que ninguno las pueda escribir sino otro Homero, otro Virgilio u otro Lucano. Demás que de vos mismo veo que me decís lo que el rey de Macedonia al arquitecto Estasicrato [Estasicrates = Dinócrates de Rodas] cuando, queriéndole hacer un coloso del inmenso monte Atto [Monte Athos], le replicó: “El coloso para mi memoria serán mis propios hechos: el haber ganado Asia, el monte Cáucaso y laguna Meotis”. Y así el coloso y la historia para vuestra memoria me significáis que son vuestros mismos hechos, que como tan grandes, escritos en el cielo, pasarán perpetuamente de lengua en lengua y de gente en gente. Y en esta falta de mi ingenio y en este reconocimiento mío para no quedar corta a las mercedes y regalos que ausente de vuestra excelencia he recibido —pues mi fortuna y tanta grandeza no permiten que pueda hacer presente igual a mis deseos—, he querido dedicar a tan gran príncipe la traducción de este pequeño libro, para que su divina moralidad se coteje con vuestra excelencia y se remire en el [h. 9r] original de su principio. Sea esta, señor, la línea por quien fue conocido Apeles y la muestra de lo que quisiera mi ánimo, y acepte vuestra excelencia la voluntad y humilde y pobre cornado ofrecido al templo de su grandeza, de quien ha [a]padrinado este primer parto. No dudaré de ponerle mi nombre y si pensare ser algo grato, más fundados trabajos y más levantados estudios daré presto a los ojos del mundo debajo el amparo de vuestra excelencia, a quien Dios los años de Néstores guarde para única defensa de nuestra militante Iglesia.

---

<sup>10</sup> Lee *perdita*.

<sup>11</sup> Lee *confundo*.

<sup>12</sup> Lee *escribie*.

<sup>13</sup> Lee *cupiese*.

[h. 9v]

El doctor Francisco Garcilópez, a cuyo cargo está la administración<sup>14</sup> del Hospital Real de la gente de la guerra que sirve a su majestad en Saboya, conservador del de señor Sant Yago [Santiago] de los españoles de Alejandría y entretenido por su excelencia, colgó en el túmulo de madama Françisca [Francisca] de Passier los siguientes versos, puestos en un cuadro de retorcidos ramos de aciprés, volteados en iguales trechos con la flor de la incorruptible teja, que los latinos llaman tilia.

### Soneto.

Es como sombra y como imagen vana  
esta hermosura en quien el mundo fía,  
pues vemos vuelta en su ceniza fría  
de tus años la bella flor temprana.

¡Oh, triste suerte, miserable, humana!,  
que cuando nace el sol se acaba<sup>15</sup> el día  
y Átropos rompe lo que hilado había  
con tanta industria su primera hermana.

De Nabuco la estatua cayó en tierra  
y, sin pensar, la horrenda muerte vino.  
Tragó la nave una sorda calma,  
pero en medio, Señor, de tanta guerra,  
vuestra pasión y espíritu divino  
le dieron luz y vida eterna al alma.

[h. 10r]

### Canción del mismo.

Si en el imperio cielo  
donde gozosa moras  
turbar no puede tu perpetua gloria  
nuestro gran desconsuelo  
y lamentables horas,  
vuelve un poco a mirar la triste historia

---

<sup>14</sup> Lee *administrion*.

<sup>15</sup> Lee *acua*.

y llorosa memoria  
que por ti se padece.  
Y si nuestros gemidos  
no merecieren, alma, ser oídos,  
la pura voluntad que se te ofrece  
recibe por servicio  
de nuestro humilde y pobre sacrificio.

Mas, ¿para qué te pido  
veas nuestro accidente,  
si en la mente de Dios, como en espejo,  
mirarás esculpido  
lo pasado y presente,  
y el venidero tiempo largo y viejo,  
y el eterno consejo,  
y redención del mundo,  
y lo que el juicio mengua,  
y hasta las mismas penas del profundo,  
y aquesta voz que entono  
conocerás por propia forma y tono?

Verás nuestra ribera  
ennegrecer sus ninfas  
trasvertiendo la antigua madre y seno,  
[\[h. 10v\]](#) y lo que aljófár era  
se vuelve en turbias linfas,  
y el Ysera [\[Isère\]](#) de espuma y de ondas lleno,  
culpa el cielo sereno.

Y entrando en las cavernas  
de la morada eburna,  
rompe de sus corrientes la gran urna.  
Y viendo que estas son suertes eternas,  
con sus ondas retumba  
creciendo el llanto de la triste tumba.

La más inculta peña  
y la cumbre más cana,

llena de fría y congelada nieve,  
cualquiera risco y breña  
que este monte engalana,  
vapores hasta el cielo exhala y mueve  
y agua continua llueve,  
y el llano que te adora,  
y hasta los animales  
(hechos en esta parte racionales)  
y cuanto acá es mortal, todo te llora,  
y la gente en gran cúmulo  
ofrecen incienso al levantado túmulo.

Y la primera estrella  
a quien tu muerte eclipsa,  
en su noche ninguna luz recibe;  
solo tu cara bella  
y aquella frente lisa,  
alta en el centro de su alma vive;  
[h. 11r] tu nombre en vano escribe,  
tu cuello enlaza en vano,  
y los cabellos<sup>16</sup> de oro  
y todo se le vuelve en triste lloro,  
y como sombra le huye de la mano  
y luego desaparece  
la breve gloria que Morpheo le ofrece.

Muerte amarilla y fiera,  
¿por qué la cruel guadaña,  
furiosa como sueles, no esgrimiste  
contra quien más valiera  
mostrar tu fuerza y saña  
que no dejalle para siempre triste?  
La tierna flor cogiste  
y los bellos matices  
borraste de sus ojos,

---

<sup>16</sup> Lee *cabllos*.

quedando el árbol entre mil abrojos,  
sin flor ni fruto, en débiles raíces  
y en una ausencia larga  
de vida o muerte eternamente amarga.

Ni el gran jardín de Alcino,  
ni de Chipre los huertos,  
ni los que su Semíramis alaba  
en labor peregrino[s]  
ni en belleza más ciertos  
fueron, que aquel que a ti te fabricaba.

Muerte todo lo acaba,  
y en dulce primavera,  
llegó el tiempo mutable  
[h. 11v] y trocó la fortuna variable  
en seco heno cuanto rosa era,  
y en casos tan crueles  
menguó luna, jardín y capiteles.

¡Oh, ingenio ilustre y raro,  
que a engrandecerte exhorta!  
Cuántas veces oí que nos decías  
que el vivir nos sea avaro,  
que la vida sea corta,  
que acaben tarde o presto nuestros días,  
breves o largas vías,  
por la razón discierno  
que son átomo y punto  
o menos, si lo hay, de lo que apunto.  
respecto de la vida y ser eterno;  
y así, en cualquier momento,  
rendiré alegre el cuerpo al monumento.

Llegole a tus deseos  
la muerte en nuestro daño,  
víspera del día que, triunfante Cristo  
con llagas por trofeos

abierto el reino extraño,  
libertado el captivo pueblo mixto,  
fue en cuerpo y alma visto  
subir glorioso al cielo,  
que tal fiesta le toca  
a quien con mi Jesús, en alma y boca,  
el alma se salió del mortal velo  
a ser llevada en nube  
por el camino donde Cristo sube.

[h. 12r] Este día fúnebre,  
donde perdió la lumbré  
de vuestros soles quien os quiso y quiere,  
hará que se celebre  
por perpetua costumbre.

Mientras la luna el curso suyo hiciere  
vuestro nombre no muere,  
que contra el tiempo vario  
y del mundo al naufragio,  
celebrará con llantos por sufragio  
cada año un muy solemne aniversario,  
con víctima y ofrenda  
de justo amor, que el cielo sacro encienda.<sup>17</sup>

Canción, de negro luto  
y de dolor vestida,  
que en mar de llantos sigues la derrota  
por quien pagó el tributo  
de una bien corta vida;  
pues con suspiros ves la vela rota,  
pide al alma devota  
que te reduzca al puerto  
y que tus velas pliegue  
para que el pobre juicio no se anegue  
entre las olas de este mar incierto,

---

<sup>17</sup> Lee *ençien*.



pues si el timón gobierna,  
abordaremos a una vida eterna.

[h. 12v]

### **Phaleucia eiusdem**

Infandun scelus? Heu nimis cruenta  
mors? Quam caeça furens et aemulatrix  
tu mortalibus (inquieta) cudis  
longis insidias plagis petitas.  
Si quid conveniens vides carinae  
humani generis, ratesque nostras  
cernis per loca tuta navigare.  
Mox livore truci vorata membris,  
in nos laetiferum quatis venenum.  
Te (Francisca) steo huius esse testem  
extabas comitum decus tuarum  
vincens gnosiacaе facem coronae  
gaudebant charites tua séquela  
dum per te numerum suum viderent  
incrementa novo dedisse mundo;  
hinc te (clara lovis propago) musae  
collaudant celebrant, canunt, adorant,  
per cunitas bipatentis orbis oras;  
tu, laus, gratia, comitas, earum, ei.  
Sicut vere novo tepente Sole  
dum stos íncipit ora provocare  
et spirare procul suos odores  
magnum grandinis exit agmen alto  
floremlque eruit ex humo tenellum  
sic mors prae reliquis minax flagellum  
id (Francisca) tibi facit recenter  
visenti iuga castalis recessus  
verum dum feret astra magnus Atlas,  
semper nome erit tuum perene.

[h. 13r]

El capitán Juan Bravo de Lagunas, castellano de Alxefalaria [Aljafería] de Zaragoza y entretenido por su majestad en Saboya, al túmulo de madama Françisca [Francisca] de Passier.

**Soneto.**

Si de Artemisa el grave mausoleo,  
que maravilla todo el mundo llama,  
ha dado tantas voces a la fama  
y tantas plumas al sonante Apolo;  
y si su pecho, como centro solo,  
la ceniza tragó a la postrer llama,  
por quien su nombre se venera y ama  
desde las osas hasta el otro polo;  
con cuánta más razón aqueste valle  
será en mil siglos de perpetuo nombre,  
pues hombres, valles, montes, ríos y árboles  
a tu sepulcro dan eterno entalle,  
bebiéndolo en sus lágrimas un hombre  
que triste adora a tus fúnebres mármoles.

**In immaturum D. Françiscaë de Passier obitum.**

Tela, comas, ignes, frangit lacernatque remittit.  
Idalius, charites, sicquoque casta Venus.  
Atque simul flammæ, crines et tela pheretro  
Imponut, querula carmina scripta manu.  
Quarta charis vivens iuncta est, mortique sequemur  
digna fuit nobis hæc quoque digna Polo.

Carolus ubertus.

[h. 13v]

**Don Niculas Cid acroy de su majestad, a madama Francisca de Passier.**

## Epigrama.

Quis non dicat eum maledicte noctis alumnum,  
qui muliebri genus ex helicone fugat,  
frater is Eumendium est nutrius pectora fesse  
ut Phebo dignum nolit id esse genus;  
pieridum chorus est, et Phebo digna profaetur  
foemina, stultus is est qui nihil esse putat  
damnat eum Pallas, musae, Carmenta, Sybille,  
Filia Pithagorae, Sapho, Corina, Ceres.  
Non minus is (Francisca) facis cum divite lingua  
ingenioque tua cuncta creata capis  
testis Aragon erit (gens intractabilis armis)  
ludit suam cercens inverso pectime linguam  
tam bene tam propriaete cecinisse lira;  
haec ait: hac melius nostram resonare loquelam  
quis posset? Certe nec fuit, est, nec erit,  
Romula se nunquam simili iactavit alumna  
Terra, nec Argolicis diruta Troia fossis.  
Haec quid ais pubes francorum, credita sceptio?  
Nonne lepore tuo prodiit iste liber?  
Nil minus: ille tuas nunquam fuit actus ad aures  
nec potuit patriae (cui datur) esse tuae  
hic nihil agnoscite proprii, sed quidquid in illo est  
bethica verba sapit, continet, inquit, olet.

[h. 14r]

## Sur la mort de madame de Passier. Sonet.

De I. Frisat, maestro de artes a Nescy [Annecy]

Celle qui reluisoit en tout la plus orneé  
celle qui de bonte estoit la vray miroir,  
ores dans ce tombeau voyez c'est son manoir  
ou le fatal destin la icy ameneé.  
  
C'estoit du beau prontemps la fleur tant estimeé  
que les Phaebines soeurs fir'en triumphe voir

entre celle sçabas qu'en vertu et sçavoir,  
on tenoit autrefois, en plus gran renommé.

¡O Phenix de tes ans la splendeur de tes iours!,  
ne craint point que le temps des mois le plus grand courz,  
ny de Mars la furerur abbate ta memoire,  
Venus et Pallas te crearent immortelle,  
tant'en perfection te rendirent si belle,  
le ciel te coronant de un infinie gloire.

### **Phaleucus eiusdem**

Musae nectite fúnebres corollas,  
et nigris caput alligate vittis.  
Tuque o noctivagam facem gubernans  
huc tristem voca oreadum cohortem,  
nam vestri hic cubat una pars liceoi  
coelorum quoque perforate limen,  
ut pacis venientibus ministris  
illi mite Deus ferat levamen.

[h. 14v]

**Canción del capitán Antonio de Paredes en la muerte de madama Françisca [Francisca] de Pasier.**

Que en cortes poderosas  
críe naturaleza  
abundancia de espíritus divinos,  
que aficiones dichosas  
descubran la fineza  
de sus ingenios raros y peregrinos  
y que por mil caminos  
venga a ser adorada  
un alma de virtudes adornada,  
obra son de su mano  
y no se admira el natural humano.

Pero que en los desiertos  
de talles asolados,  
peñascos duros y ásperas montañas,  
donde los riscos yertos  
al cielo levantados  
descuelgan las bellotas y castañas,  
son obras más extrañas  
criar un alma  
admiración de toda criatura,  
en cuyo fundamento  
se eclipsa la razón y entendimiento.

Crió para la gloria  
un bien tan soberano,  
un extremo, un milagro, un imposible,  
[\[h. 15r\]](#) vida de la memoria,  
sujeto sobrehumano,  
ventaja conocida a lo visible,  
compuesta y apacible,  
honesta, mansa, afable,  
hermosa, grave, alegre y agradable,  
virtuosa, discreta;  
en esto extremo, en lo demás perfecta.

De los pobres amparo,  
ejemplo de los ricos  
y de los afligidos el consuelo,  
de las honras reparo,  
quien a grandes y chicos  
honró con amoroso y santo celo.

Por cuyo premio el cielo  
de tus obras la palma  
Dios concede a tu alma,  
pues en edad tierna

ensayo<sup>18</sup> hiciste de la vida eterna.

En señalado día,  
cuando con sus amigos  
Christo en el monte se halla mano a mano  
vestido de alegría  
para que sean testigos  
de su poder inmenso y soberano,  
del mortal velo humano  
la miseria rompiste  
y camino hiciste  
por las bordadas nubes,  
y cuando sube al cielo, con él subes.

[h. 15v] Son, Dios, vuestros amores  
de tan dulce amartelo<sup>19</sup>,  
que a conocerlos dais por el costado;  
tan grandes los favores  
que el menor es el cielo,  
dais como [falta una palabra]  
cual corazón helado,  
con tan grandes señales  
no repara sus males,  
teniendo siempre abiertas [sic]  
de tu misericordia la ancha puerta.

Alma dichosa y santa  
que en el supremo coro  
un recíproco amor estás gozando,  
mi espíritu levanta  
a tan rico tesoro,  
que triste el corazón te está llorando.

Recoge de tu bando  
a los más afligidos,

---

<sup>18</sup> Lee *ensaye*.

<sup>19</sup> Lee *amertelo*.



verás que mis gemidos  
a los hielos abrasan  
y hasta al impíreo por los otros pasan.

Admite de mi ruego  
este encendido fuego,  
pues en tantas memorias  
mereciste dos glorias:  
la una aquí en la tierra  
y la otra que al mismo Dios encierra.

[h. 16r]

**Au trespas de Damoiselle Françoisse de Passier. Le chevalier d'Auise.**

Venes Nymphes, venes, venes haultes Deeses  
ace tumbeau de pleur, celebrer le renom  
de celle'ont l'on voioit reluyre vostre nom  
voz graces, voz beautes et voz mesmes hautesses.

Venes voir des effaicts qu'ell est l'extremité  
de la mort et que rien n'est cy bas permanente,  
venes voir qu'est de l'homme; rien que pouldr' et que vens  
a l'orage soubmis de tout' Infirmite.

Venes donc' voir deffaict, ce questoit si parfaict  
ce priffait d'ont Natur' embellit ces bas lieux  
venes (s'il-est possible) et a vous, et aux Dieux  
venger le tort qu'a tort, Atropos nous a faict.

Venes briser l'effort, venes blamer l'envie  
des parques, et du mal en sentir vostre part.  
(Si sans offence' on peut regretter le depart  
de l'Ame achemineé, a l'eternelle vie).

Dont la facheuse absence (ore qu'elle soit mieux)  
nous est ung Ocean d'effroyables ennuits  
ce iour la vie en toy': Mais en larmes les nuicts  
la mort se represente a l'obiect de noz yeulx.

Car quand de cect Auror' a nous l'ouil se monstroit

il conustroit le ciel, l'aer, la terr' et les astres  
dissipant leurs effaicts ez imminens desastres  
que leurs cours arresté sus ce val elançoit.

Or ell'est dissparué et couche' en ce tumbeau  
iusqu'a l'aube da iour, qu'en la verra renaittre  
et puisqu'encor l'on void ell'estainte renaitre  
les beaux raíz, ie les grave an front de ce tableau.

[h. 16v]

### **Eiusdem.**

Pulchra, sagax, prudens, quae paulo ante extitit, hanc<sup>20</sup> est  
corpora sic fato norte perire solent.  
Spiritus usque sibi prescribit corporis usum,  
ultima dum sedi sit celebranda diez.  
Virtus interea subsistens inter utrumque  
non patitur mortem posse necare bonos.  
Caelo<sup>21</sup> igitur vivet<sup>22</sup>, quae terra extincta videtur  
vivit dum moritur, non moritura Deo.

### **L'imprimeur a Madame Françoise de Passier.**

#### **Epitaphe.**

Cruel destin tu presses soubz la lame,  
tant de beautes qui rayonnoient aux cieux  
mais tu ne peux ensepulcher cest'ame,  
qui ulceroit les humains de ses yeux  
car son renom reuit par le memoire  
de ses vertus sans qu'un fúnebre sort  
ayt iamais peu aneantir sa gloire  
comme son corps soubz lassaut de la mort.

---

<sup>20</sup> Lee *hand*.

<sup>21</sup> Lee *coelo*.

<sup>22</sup> Lee *vuiet*.

[h. 17r]

### El doctor Francisco Garcilópez al lector<sup>23</sup>.

El divino Platón, en el libro séptimo de sus leyes, nos enseña y muestra ser cosa lícita y decente engrandecer y alabar aquellos ciudadanos difuntos que con las fuerzas del ánimo o del cuerpo hicieron cosas arduas y memorables<sup>24</sup> y sin ninguna contradicción obedecieron los estatutos y leyes de sus patrias. Bienaventuranza digna de ser siempre loada y gracia concedida del cielo, y conocida del sobrino de Cayo Plinio el segundo, cuando en la carta en que cuenta<sup>25</sup> y narra la muerte de su tío dice: “Verdaderamente pienso ser bienaventurados los que por donde los dioses es concedido hacer cosas dignas de escribir o escribir cosas dignas de leer; y felicísimos son a los que se les da lo uno y lo otro”. Parte de esta gloria y alabanza se le puede atribuir o, por mejor decir, le conviene y toca a madama Francisca [Francisca] de Passier, cuyo levantado espíritu, cuyo raro ingenio, cuya excesiva memoria, cuyo énfasis y cuya gracia en decir (ilustres y grandes fuerzas de su ánimo) monstruosamente hicieron cosas memorables y escribieran en mil lenguas libros dignos de ser leídos, si los hados no nos la hubieran arrebatado en [h. 17v] los umbrales de su juventud y en los principios de las demostraciones de su elocuencia. Mas, aunque para mayor gloria suya y más sentimiento y pérdida nuestra, llegó tan presto su postrero día, no pudo tanto que sus humanas y divinas letras, a quien sería pequeño cualquiera grande encarecimiento, no hubiesen ya como árbol temprano anticipado y madurado diversos frutos, que debajo de la especie y color de la piedad, de parte del infierno en daño de las cristianas almas, nos oscureció y quitó la miserable envidia. Pues habiendo su marido, juez mayor de la Tarantasa [Tarentaise] y consejero de estado de su alteza serenísima de Saboya, honrado por nueve días con suntuoso túmulo grande y fúnebre pompa, tiernas y amorosas lágrimas el alma de su cuerpo o el cuerpo de su alma, puesto en la antigua tumba, a donde los huesos de sus mayores esperan la general resurrección de los muertos, para no ver sus ojos memorias y papeles<sup>26</sup> llenos de admiración y tristeza, y porque en ellos había aún (como de la osse [sic]) informes, partos, trazas, rayas, designios, conceptos, anotaciones, cláusulas, periodos y razones que pariera, colorara, puliera y azucarara con la melifluidad de la elocuencia, si los pudiera haber corregido, enmendado y puesto la última perfección y mano, en presencia de su pariente y mía entregó a una licenciosa llama estas memorias, escritos y papeles, que con tan lamentable suceso, en disfavor de las buenas letras, quedarán en la perpetua sombra y eterna noche del olvido. [h. 18r] Llamaba un aviso a otro aviso y dado un inconveniente se hubieran de seguir muchos, pues la humana pasión quiso hacer

---

<sup>23</sup> Lee *lator*.

<sup>24</sup> Lee *memorables*.

<sup>25</sup> Lee *quanta*.

<sup>26</sup> Lee *papales*.

sacrílegas sus manos, en que tuvo este pequeño libro para que también fuese materia a la violencia del más arrebatado elemento, inocente víctima que hubiera sido presto abrasada si mi acuerdo, aunque desacordado con su dolor y con el que yo debo a las muertas cenizas (en que para siempre veré escritas mis vivas obligaciones), no me hubieran hecho acordar y conocer que era aquél libro en que<sup>27</sup> le había visto y oído traducir del francés en español altos y divinos conceptos de la moralidad. Y aunque atónito con tan horrendo espectáculo, movido por el ejemplo y palabras de Augusto César cuando no permitió se quemasen las *Eneidas* de Virgilio como él lo mandaba en su testamento, contribuyendo mis ojos a sus lágrimas, le dije no permitiría que en mi presencia se cometiese una tan grande impiedad, y que si cuando aquello hubiera sido cláusula de última y solemne escritura por su oficio supremo la pudiera piadosamente anular imitando en todo la grandeza y clemencia de Octaviano, con cuánta más razón y más justo título podía, más antes por derecho divino, natural de las gentes y civil, debía procurar eterna vida a este libro, habiendo quedado por juez árbitro de las últimas voluntades que le pasó y traspasó en el último traspaso y postreros alientos y medios muertos labios, la que él prometía de amar y querer para siempre. Y que le suplicaba, si algún [h. 18v] amor tenía a mi nación y si sentía algunas obligaciones a mis deseos, y le protestaba, por la honra de su patria, por el amor del conyugal ñudo todo y por la veneración de la sacra religión, no privase nuestros reinos ni las orientales y occidentales Indias de este libro, de esta joya preciosa, de este carbunco y piropo, que reluce contra las tinieblas y oscura noche del pecado. Y que en esto declararí la inclinación que tenía su ánimo en las cosas de España, se desobligaría a mis acciones, daría trofeos a su patria, justas alabanzas al nombre de Passier y mostraría la devoción y fe que debía al cielo. Su nobleza y mis justas razones, el rudo ornamento, poca industria y no estudiada retórica, la turbación de mis ojos y de mi cara, propias puertas del alma y testigos puros de un ánimo simple y no lisonjero, fueron confidentes oradores de la causa y le persuadieron a pronunciar sentencia a favor, dándome la posesión de este libro, más antes haciéndome el mayor presente que pudiera conceder el tiempo, la suerte, ni la generosa largueza del hijo de Philippo, rey de Macedonia. Mas porque no nacimos para nosotros solos, pues aún, como dice Esíodo [Hesíodo], poeta griego, plantamos árboles que aprovecha a los venideros siglos, quise comunicar a la presente y a la futura edad este pequeño volumen en la misma forma y manera que por tan varios casos<sup>28</sup> y tanta diferencia de sucesos vino a mis manos, sin que mi rudeza haya aun imaginado de profanarle quitando y añadiendo una mínima palabra o punto. Y toda [h. 19r] la praxis, elegancia y pulicia de que usó en estos escritos, entendió con la lección y trato de diez días, hablando en tres meses la lengua castellana, con tal propiedad y acento que nadie juzgara haber nacido entre

---

<sup>27</sup> Lee *anque*.

<sup>28</sup> Lee *c sos*.

las nevadas asperezas de los alóbroges, mas antes entre la nobleza, discreción, cortesía, familiar conversación y uso de las damas y caballeros de los palacios de sus majestades, conociendo y diferenciando en la lengua las personas de todos los reinos de nuestra España. Por cuyas grandes fuerzas del ánimo, por cuya rara obra de ingenio vuelvo a decir que merece perpetua alabanza en todo el mundo y muy mayor y más eterna entre nosotros mismos, pues si los que trujeron de provincias extranjeras o inventaron en sus patrias célebres y sutiles invenciones para mejor uso de la vida fueron públicamente honrados, como Quinto Marcio Philippo, que ordenó con más diligencia el reloj, y Escipión Nasica, que añadió la muestra y mano (obra gratísima al pueblo romano), con cuánta más razón debemos honrar, engrandecer y alabar a quien de su misma tierra en nave nuestra nos ha enviado este moral tesoro y nos ha puesto con tanto artificio este reloj, esta muestra, esta mano y este concierto de virtudes tan necesarias para esta y para la otra vida. Mas cuando por los títulos de ser ya muerta, por las obras de su ingenio y por la traducción de este libro no mereciera gloria, honra y fama en la plaza y campo de los combates de este mundo, se la adquirió y ganó con las armas [h. 19v] de sus virtudes y con su devota vida, en cuyo fin se cantó su mayor gloria, y con los privilegios y honras que de parte del cielo le prometió el sabio en el proverbio catorce, cuando dijo “la memoria de los justos con alabanzas, como la sombra sigue al cuerpo, así la alabanza y la gloria suele acompañar la virtud”. La muerte, cual dice Horacio, que con iguales pasos pisa las soberbias torres de los reyes y las humildes casas de los pobres, saltó el camino de su juventud cuando apenas había llegado a los diecinueve años y siete meses, pero no la halló descuidada, sino con la candela ardiendo en las manos —según la sagrada lección de san Lucas en el capítulo doce de su evangélica historia— y acabando el tratado de la muerte, remate de nuestra vida, remate y fin de este libro. Y como la muerte sea contemplación del filósofo, como se lee en el *Phedro* en la miserable historia del último final y postrero día de Sócrates, no hay duda sino que, pasando por aquellos humanos horrores y miedos, su natural y estudiada filosofía se la hubiesen hecho considerar y contemplar al vivo, sonando en sus oídos la trompa del juicio, que san Jerónimo dice que sentía durmiendo y velando; aunque este argumento y conclusión tomó en mí bastante fuerza, diversas veces que le oí decir, con san Pablo a los Philipenses, que deseaba ser desatada y suelta esta carne mortal para gozar a Christo, en los méritos de cuya pasión esperaba la eterna gloria del alma; y que pues respecto de la eternidad la más larga vida nuestra era un punto y menos si [h. 20r] lo puede haber, que poco le importaba y nos importaba el morir hoy o el morir mañana. Y otras veces confirmaba esta su verdadera sentencia con las palabras del mismo apóstol en el séptimo a los romanos, cuando exclama “Desdichado yo, ¿quién me librá del cuerpo de esta muerte?”, llamando *cuerpo de muerte* este que agrava nuestras ánimas y

en quien continuo morimos, sucediendo una edad a otra, siendo sujeto de todos los accidentes que pueden causarnos la privación del aire en que respiramos y vivimos.

Era madama Francisca de Passier reverenciadora del culto divino, devota, humilde, caritativa, prudente, amadora de la verdad, vergonzosa, afable, callada, modesta, activa en favorecer, larga, generosa y constante, aguda en el decir, fuerte en las razones, clara en el ingenio y rica en la memoria informando y actuando. Tan levantado el espíritu y tan excelente ánima, una materia, órgano y cuerpo tan proporcionado a su grandeza que bien se echara de ver la divina armonía que escribe mi Galeno en su libro: “Si las costumbres del alma siguen la templanza del cuerpo, siendo un extremo de toda perfección y hermosura, y un divino dechado”, y Policeto para la naturaleza y para el arte; por quien de sus naturales y de los extranjeros era continuo mirada y admirada. Resplandeciendo entre esta belleza la majestad de su antiguo linaje, de quien, entre los más famosos actos de nuestra redención, hacen memoria los cuatro divinos historiadores, derivado hasta su padre, presidente del Consejo [h. 20v] de Hacienda de Saboya, varón insigne en letras y verdadero filósofo en las costumbres y vida. Parecía todo esto tener la inmortalidad que [sic] su celestial principio y origen, pero siendo al fin la masa de tierra caduca y mortal y, como dice el poeta, pendiendo todas las cosas y vida de los hombres de un muy delgado hilo, la muerte le cortó con un muy agudo dolor de costado. En cuyo principio, con devotísimas lágrimas, pidió y recibió los tesoros y sacramentos, gracias y medicinas de la Iglesia, a quien ayudaba el pueblo con devotas oraciones y continuos ayunos, amándola y estimándola como a madre amada de su provincia y patria, teniendo entre tanto puntual lugar todos los humanos remedios que solicitaba y facilitaba el amor y riqueza del marido. Mas siendo irrevocable y eterna la divina sentencia, tomando la enfermedad mayores fuerzas, vino en un furioso frenesí, en cuyo discurso jamás habló palabra profana, antes continuo trato de las cosas del cielo y ángeles, y debajo del manto de la divina Virgen, reina nuestra, y pisando las estrellas con mil trofeos y palmas. Visitada del ilustrísimo arzobispo de la Tarantasa [Tarentaise], milagroso suceso de que fueron testigos mis ojos y mis oídos, y a quien dará bastante testimonio quien en la paz y en la guerra le ha dado de las supremas cosas con cargos que, aunque grandes, pueden mal igualar su gran prudencia y linaje, tomó un Christo en las manos, haciendo una [h. 21r] protestación de la fe y pidiendo a Dios misericordia de sus pecados, con tan divino concierto, con tanto encadenamiento de palabras, con tanta diversidad de lenguas, con tantas alegaciones y doctrina, que bien parecía haber mamado de las entrañas de la teología y del amor divino. Y vuelta al arzobispo, comenzó por las palabras del santo Evangelio, “yo soy buen pastor, que conozco mis ovejas”, haciéndole una amonestación con tal fervor que parecía una apostolada Magdalena, que el prudentísimo arzobispo oyó hincado de rodillas, pudiendo apenas disimular el agua de los ojos



y los suspiros del corazón. Últimamente, en el onceno de su enfermedad, víspera de la ascensión de nuestro Redentor, recibido el santo olio, vuelta en su sano juicio, vestido el hábito de los frailes menores, con cuatro religiosos a la cabecera, con una candela bendita y el crucifijo en las manos, y con el dulce nombre de Jesús en la boca, en la misma hora que Christo dio con poco penoso accidente su espíritu, quedando el cuerpo, aunque no muy disforme, tal que podría decir, como el mantuano Virgilio a Héctor, “¡Ay de mí!, cuál estaba, cuán mudado de aquel Héctor que solía venir vestido con los despojos de Achiles”. Mas sin que me aproveche de dichos de gentiles, digo que se cumplieron las palabras de Santiago en el primer capítulo; “Secose el heno, y cayose la flor y la hermosura de su cara pereció”; y de esa ya en el capítulo cuarenta: “Toda su carne, heno y toda su gloria, como la flor del campo”. Hiciéronse a su muerte [h. 21v] oraciones fúnebres en latín y en francés, que de industria no añadido al libro, aunque en ellas se viera más por extenso su nobleza, su raro ingenio y su divina hermosura, porque sé de los que las han compuesto que las quieren estampar en propio nombre. Solo junté algunos versos con que particulares personas adornaron su túmulo para alguna señal de reconocimiento que tenemos a quien tanto nos honró y estimó, favoreció en todas las ocasiones. Y estos versos vayan en lugar de los que suelen escribirse en alabanza del autor, pues la obra misma perpetuamente alabará a su artífice.

[h. 22r]

#### **El señor de Narveza al lector.**

Es la virtud un ornamento y lumbré  
por quien, cual rica joya, resplandece  
el hábito moral, vida y costumbre  
que por sus actos multiplica y crece.

De natura el tributo y pesadumbre  
con esta sabia guía se endulcece,  
juzgando tal miseria y males ciertos  
por rescate a la vida de los muertos.

No hace la muerte al virtuoso agravio,  
ni muerto acaba, pues renace y vive  
sobre el divino globo y astrolabio  
vida que de esta su valor recibe.

Alegre cierra para siempre el labio  
quien de costumbres buenas se apercibe,

pues como regla inevitable y fuerte  
sigue la buena vida buena muerte.

Por quien jamás se disminuye o pierde  
del virtuoso la memoria clara,  
siendo cual la virtud, eterna y verde.  
En cuanto muestra el sol su lumbre y cara  
al hombre es bien que siempre se le acuerde,  
que como sale de su cuna avara,  
a la muerte se alarga y precipita,  
y que la suerte honra y bien nos quita.

Y con aqueste acuerdo, si es discreto,  
[h. 22v] tomará la virtud como medida  
de sus costumbres, y por alto objeto  
y justa mira de su propia vida  
del corazón será norte perfecto,  
blanco de la oración más encendida,  
ley a la vida, nada dura o grave  
que tiene al yugo la virtud su[a]ve.

Mas nuestra vanidad, que se revela  
a la razón sin ley, medida o freno,  
el vicio dora y por de fuera enmiela,  
dándolo al hombre cual mortal veneno;  
y el juicio (del alma centinela)  
inficiona en el más oscuro seno  
y contra la virtud en guerra fiera  
los pensamientos y la carne altera.

De la virtud el santo amor produce  
santos deseos y su vida es santa,  
y el alma y sus placeres los reduce  
a un amor que hasta a Dios se alza y levanta.  
Y nuestra vida santamente luce  
y el cielo la acaricia y adelanta,

dando a este amor divino por trofeos  
dulce y santa esperanza en sus deseos.

Es este amor en todo diferente  
del que en el torpe corazón se anida,  
por quien el hombre para siempre siente  
mil tristes muertes a una sola vida.

Y es de uno y otro vario el accidente,  
[\[h. 23r\]](#) pues el amor que al cielo nos convida  
engendra envidia como suerte buena  
y aquel del mundo, compasión y pena.

Suerte, mundo, destino y la fortuna  
causan el fin de nuestro amor humano,  
pasión que a los amantes importuna  
y después se suspira y llora en vano.

Mas el que tiene la virtud por cuna  
eternamente dura y vive ufano,  
y triunfante del mundo y de sus males  
hace a los virtuosos inmortales.

Después que la virtud el alma inflama,  
todo lo que es destierra por la tierra  
a cólera encendida, fuego y llama  
le hace a nuestro espíritu la guerra,  
y este combate, que se riñe y trama,  
en nuestra sangre y corazón se encierra;  
y si lleva el espíritu la palma,  
recibe el cielo por su premio el alma.

Lector, esta virtud rica y hermosa  
florece en este asalto peligroso,  
y de la misma guerra peligrosa  
saca a nuestros trabajos el reposo;  
y así la espina nace con la rosa,  
cuyo olor trascendente y milagroso  
no olerás en mi verso, pero lea

la prosa quien la flor misma desea.

[h. 23v hasta h. 24v, en blanco]

[h. 25r] **Tabla de las Cartas Moral[e]s**

[...] [h. 26r]

[h. 26v]

Las erratas se corregirán [sic] adonde dice a hojas

[...]

[p. 1]

Cartas morales del señor de Narveza.

Empieza por una protestación que hace a un su amigo de mostrarse libre en su amistad y en sus cartas.

Carta primera

Tus ruegos, las leyes de amistad y mi condición me convidan tan dulcemente a escribirte, que yo no te podría honestamente rehusar el placer que tú piensas recoger de mi pluma sin negar a mí mismo el que yo recibiré en este oficio, pues él te puede hacer conocer mi ánimo, que jamás es diferente a mis acciones exteriores...



Bienes  
Bibliografía de Escrituras Españolas